

re. Et ipse quoque sacerdos plorat suum patrem amissum, et quoque fideles omnes ululant pariter; hoc est enim tempus ad fletum destinatum in superis, Vos quoque plorate juvenes in Seminario discentes. Patrem amissistis bonum, qui maximo vos dilexit amore.....

Parcite mihi, Domini, parcite mihi. Videbatur mihi hanc Ecclesiam jam in posterum desolatam videre, et Pius non veniebat in mente, qui hanc ipsam creavit Ecclesiam. Pontifex noster maximus, catenis vinctus, adhuc loquitur; ille nostrum lenibit dolorem, et immaculatam hanc servabit Ecclesiam.

¡Sed praeclarum illum Antistitem non vidimus, qui tantis nos bonis cumulavit! Satis illum inter nos adspeximus, ut hodie in coelis fidei oculis aspectemus. Vivens ille inter mortuos, translatus est ad vitam sempiternam. Justus enim fuit, et justus in perpetuum vivent et apud Dominum est merces eorum.

Hoc aliter contigisse, nos certe unquam credere oportet. Vir ille praeclarissimus, fidelis usque ad mortem repertus, potuit Judici Supremo cum Paulo dicere: "Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi." Ut simplex fidelis, promptam obedientiam praestavit: ut sacerdos et pontifex, nulli secundus existit.

Dignum fuisse arbitramur, consolationis illam audire vocem, coronam justitiae in aeternum concedentem: "Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui."

Nos ita fuisse gloriamur et Deum Patrem misericordiarum deprecamur, ut, in sempiterna pace, feliciter requiescat. Amen.

ORACION FUNEBRE
DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DR. D.

J. ANTONIO DE LA PEÑA

Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE LA DIOCESIS
DE ZAMORA,

PRONUNCIADA

El día 13 de Octubre de 1877, en la Sta. Iglesia Catedral

POR EL PRESBITERO LIC.

D. IGNACIO AGUILAR

Canónigo de la misma Sta. Iglesia.

ZAMORA:—1877.
Imprenta de J. M. T. Maldonado.

Operatus est bonum, et
rectum, et verum in uni-
versa cultura ministerii
domus Domini. et
prosperatus est.

LIB. II. PARALIP. CAP. 31 v. 20.

Obró todo cuanto era
bueno, recto y verdadero
en orden al ministerio de
la casa del Señor; y todo
le salió felizmente.

SEÑORES:

Quién me conduce hoy delante de voso-
tros? ¿Qué impulso secreto me hace su-
bir á esta cátedra sagrada, en la cual solamen-
te debe resonar la palabra de vida y la voz del
Espíritu Santo? ¿El móvil que tanta fuerza
desplega sobre mi alma, es por ventura, el sen-
timiento de la gratitud, de la amistad, del res-
peto humano ?

No, H. M. no la carne, ni la sangre, no
el respeto de los hombres, ni la vanidad del
siglo, son los resortes secretos que conmueven
los sentimientos de mi alma. Hasta hoy, no
se han extinguido del venerable cuerpo leví-
tico las ceremonias antiguas, ni se han agota-

do aquellos tesoros de piedad, con que nuestros mayores ofrecian sus lágrimas sobre el sepulcro de sus antepasados. Hay un deber sagrado y un vínculo eterno, que obliga al ministro del santuario á orar en todo tiempo delante del pueblo: hay una mano poderosa, que dirige nuestros destinos, señala los acontecimientos y mide la carrera del tiempo contando los siglos: hay, en fin, un Dios que dispone sabiamente todas las cosas y las ordena para nuestra felicidad y para la grandeza de su gloria.

En otras épocas, yo he venido aquí para encender en vuestros corazones la llama resplandeciente de la caridad cristiana, teniendo á la vista la imágen del Obispo de Turs. Otras veces, la luz purísima del Evangelio penetrando en este santo Templo, como la luz de la naciente aurora, ha disipado las tinieblas del error; y vuestra fé, como la de Pedro, ha servido para confirmar la de vuestros hermanos que profesan la doctrina saludable de Nuestro Señor Jesucristo. Y, cuando el campo se ha cubierto de flores, los jardines de azucenas y los huertos de azahares; entonces, yo he visto que vuestro espíritu se ha levantado en alas de la santa esperanza, cantando dulces himnos y sentidas canciones de amor á la Madre de Dios.

Mas ahora: ¿Cómo vengo á vosotros? ¿Cuáles son los sentimientos que me animan? ¿Qué pretendo y á donde voy . . . ? ¡Ay, Hermanos Carísimos! Mi corazon oprimido de tristeza, mi garganta obstruida y anudada por el dolor, mi voz trémula y mis ojos derramando lágrimas; están, ya, demostrando: que aquí hay un objeto querido que exige de nosotros, no solamente nuestras lágrimas, signos sensibles de nuestra gratitud; sino, tambien, nuestras ora-

ciones y súplicas, que son los caracteres de nuestra piedad y del Sacrificio propiciatorio de nuestra Augusta y Santa Religion! ¹

Comprendo, señores, que la sagrada mision que hoy vengo á desempeñar cerca de vosotros, os es bien conocida; porque es imposible, que la herida abierta en el corazon de esta gran familia haya cicatrizado en unos cuantos dias, que los sentimientos de dolor se hayan borrado del alma, y que las fuentes de lágrimas se hubieran secado tan pronto.

Yo no puedo creer, que este Ilustre y Venerable Cuerpo Eclesiástico, que este respetable Colegio Seminario, que este concurso ilustrado y piadoso; en fin, no puedo creer, que Zamora olvide jamás aquel dia mil veces triste y lamentable, en que yo, favorecido por Dios, pude llegar á las puertas de esta Santa Iglesia Catedral, y decir á mis padres y hermanos lo que los pastores de Dothain dijeron al desgraciado Jacob: "Esta túnica la hemos hallado; mira si es ó no la túnica de tu hijo . . . ! *Hanc invenimus: vide utrum tunica filii tui sit, an non.*" ²

Mas, ¡ay de mí! . . . ; Cuán distinta y dolorosa fué la escena, que á las cuatro de la tarde de aquel dia, tuvo lugar en este recinto sagrado! A Jacob le presentan la túnica ensangrentada de José; y yo, mudo por el dolor, desfallecido por el llanto y con mis manos trémulas extendidas sobre un humilde féretro, os presento los restos venerables del Esposo queridísimo de esta Santa Iglesia! A Jacob se le engaña con la sangre de un cabrito muerto expreso por los pérfidos hermanos de José, y no pudiendo el desgraciado patriar-

(1) Trident. sess. XXV: cap. 7.

(2) Genesis cap. 37 v. 32.

ca descubrir el crimen, ni sospechar el engaño de que era víctima, rasga sus vestidos, se cubre de cilicios y derramando copioso llanto, dice: "¡La túnica de mi hijo es, una bestia feroz le ha devorado..."¹ A vosotros: ¡Oh cruel realidad! no es un manto teñido en sangre el que os entrego. ¿Veis ese ataúd, cubierto con el paño fúnebre y con la cruz enrojecida por la muerte? ¿Veis á ese pueblo que llora? ¿Reconocéis á esa juventud? . . . ¡Allí va el cuerpo exánime del primer Pastor de esta dolorida Grey! ¡Hé aquí, os dije, esta mitra, este pectoral, este báculo y este Libro de los Evangelios . . . son los únicos restos encontrados en el campo de la muerte! . . .

Entonces: un silencio sepulcral fué interrumpido por el doloroso llanto de todo el pueblo! ¿Lo recordais...? Decidme: ¿Quién de vosotros pudo siquiera pronunciar un salmo? ¿Qué corazón resistió al terrible golpe que la muerte descargó sobre Zamora? ¿Qué sacerdote no ha sentido hecho pedazos su corazón y llena de amargura su alma, al recibir el cadáver de su amado Padre y Prelado? ¿Quién de vosotros, hermanos míos, no decía: "Hemos quedado huérfanos sin Padre, sin Pastor, sin Prelado y Protector?" *Pupilli facti sumus absque Patre?*²

¡Oh muerte! oh muerte! cuán severa es tu conducta! cuán riguroso tu tribunal! ¿Qué has hecho con nosotros? ¿Contra quién armaste tu brazo? ¿Porqué descargaste el golpe contra el Ungido del Señor? ¿Qué viste en este Príncipe de nuestra Iglesia para así precipitarlo al sepulcro?³ ¿Qué, no viste el mal que tu guarda hacia en el rebaño? ¡Oh tirana que así nos

(1) Genesis cap. 37 v. 33.
(2) Thren. cap. 5 v. 3.
(3) P. Calatayud orat. fúneb.

robas! ¿Cómo no adviertes que al cortar el estambre de esa preciosa vida, cortas también nuestra fuerza, y nos entregas á los impíos y sacrílegos enemigos de nuestras instituciones, y que ellos vendrán como lobos rapaces á devorarnos y á tratarnos como á extraños?¹ ¡Oh muerte! ¡cuán terrible eres, y cuán amarga es tu memoria!² Porque nos despojaste de nuestra grandeza y de nuestra corona, y nos dejaste como al árbol arrancado por el viento; tendríamos este día en recuerdo de nuestra desolación. "Abstulit coronam de capite meo et quasi evulsæ arbori abstulit spem meum."³

Sí, H. M. C. no pueden haber sido otros los sentimientos que habeis tenido el Sábado 14 de Julio del presente año, en que con indecible añargura fué colocado aquí, el respetable cuerpo del Illmo. Sr. Obispo de esta naciente Iglesia. En ese día de tantas lágrimas, cada uno de nosotros, con mas propiedad que Jacob, pudo decir ante aquellos restos venerables: "Bajaré al sepulcro llorando hasta encontrar con el objeto querido de mi corazón; allí me uniré á él y enjugaré mis lágrimas; pero mientras llega la muerte, yo viviré sin consuelo consumido de dolor y de tristeza." *Descendam ad filium meum lugens in infernum. Et illo perseverante in fletu.*⁴ Porque si Jacob no admitía consuelo para su dolor, ni tregua para su llanto á causa de la predilección con que amaba á José por haberlo engendrado en la vejez: *Eo quod in senectute genuisset eum.*⁵ vino para él un día de luz y de gloria, en que contemplando la hermosura de su

(1) Invadent enim gregem tuum lupi rapaces. Off. S. Martini.
(2) Eccli. cap. 41.
(3) Job cap. 19 vv. 9, 10.
(4) Genesis cap. 37 v. 35.
(5) Genesis cap. 37 v. 2.

hijo, mitigara su quebranto y su amarga afliccion, diciéndole, al estrecharlo en sus brazos: "José, ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejo vivo." *Jam lætus moriar quia vidit faciem tuam, et superstitem te renliquo.*¹ Pero nosotros: ¿Cuándo volveremos á ver á nuestro Illmo. Prelado? ¿Cuándo le veremos en ese altar con sus vestiduras pontificales, consagrando el sacrificio para los hijos de este pueblo? ¿Cuándo oiremos sus tiernas homilias y sus palabras de consuelo? ¿Cuándo uniremos nuestros gemidos con sus gemidos, nuestras súplicas con sus súplicas y nuestros votos con sus votos?...

¡Oh dolor incomparable el de esta Santa Iglesia! Ella ha quedado como desolada viuda, sin su Esposo y sin su Pastor, sin su Gefe y sin el Padre de sus hijos! ¡Llora, pues, hija de Sion! ¡Cúbrete de luto por tan inmensa pérdida! ¡Retírate al silencio y que tus cítaras y tus órganos suspendan sus armonías! Dáale tregua á tu dolor acervo, y que tus ojos no cesen de llorar. *Dimittite ergo me, ut plangam paululum Dolorem meum.*²

Muy digno es el sentimiento de esta Santa Iglesia despues que ha depositado en ese sepulcro los restos venerables de su primer Pontífice. En tan acerbo quebranto: ¿qué otra cosa hace, sino imitar el duelo de la primitiva Iglesia? Bien sabeis, Señores, que despues de haber puesto el Santo Cuerpo de Ntro. Señor Jesucristo bajo la gran loza que cubrió el sepulcro, la dolorida y angustiada Madre, acompañada de los discípulos y piadosas mugeres, se retiró al cenácu-

(1) Genesis cap. 46 v. 30.
(2) Job cap. 10 v. 20.

lo y se entregó completamente á todo el imperio del dolor, de la amargura y de la soledad. La Magdalena, esa muger santa, acrizolada por la penitencia, amaba intensamente á Jesucristo; y no pudiendo alcanzar el consuelo para su corazon sino junto al sepulcro, se levanta como sierva herida por el dolor de afilado dardo; corre por las calles silenciosas de la ingrata Jerusalem; al despuntar la aurora llega al monumento; y al ofrecer sus aromas y regar con sus lágrimas aquel sepulcro, lo halla vacío y descubierto; se detiene á la vista de un hombre y le dice: "¿Qué habeis hecho del Cuerpo de mi Señor, en dónde lo habeis puesto?" "Dicitio mihi ubi posuisti eum? La Magdalena vió á Jesucristo que habia resucitado, y no le conocia. "Et vidit Jesum stantem: et non sciebat quia Jesus est."¹

A la vez, nosotros entregados á la inmensa y dolorosa amargura de nuestro corazon, por el triste acontecimiento que en el pueblo de Tarecuato ha tenido lugar, el Viérnes 13 de Julio próximo pasado; nos hemos congregado, como un solo rebaño, como una sola familia que llora la pérdida de su Pastor y Padre, en este verdadero Cenáculo, en esta Casa consagrada á Dios, en esta Iglesia Madre. Y para llenar los deseos de vuestro afligido espíritu y derramar vuestro llanto, buskais en mis palabras imágenes vivas y espresivas que persuadan:

La inestabilidad de las cosas terrenas, y la inmortalidad de la verdadera gloria:

La práctica de la virtud, y el aborrecimiento al vicio.

Comprendo, H. M. la difícil situacion en que me colocais; sé muy bien lo que esperais de

(1) Joan. cap. 20.